

## **RAZONES DE EXISTENCIA**

[en AA. VV., *Voces del extremo (las voces de la poesía española al otro extremo de la centuria)*,  
Béjar, Fundación Juan Ramón Jiménez, 1999, 43-54.]

1. Hay dos maneras de volver la vista atrás para reencontrar el pasado que nos ha constituido como somos. Hay la *sutil* manera reaccionaria que tramita una visión que acepta feliz las trampas del olvido y propicia recuperaciones falaces; que procura la mistificación de lo que fuimos y nos sucedió, con el propósito oculto de evadir la responsabilidad que nuestra realidad nos exige. Una forma de (re)construcción del recuerdo que, lejos de orientarnos a través del ruido con que el presente nos aturde, trata de arrancarnos de sus intimaciones; que, lejos de producir un conocimiento activo capaz de encarar la confusión y el desánimo, nos obliga a la pasividad, al desinterés, a la huida.

Muy distinta es la manera que propongo. Si el árbol pierde sus raíces, se seca; si el ser humano se olvida de sus muertos, muere: parece que esté vivo, pero está muerto. El aguijón insomne del pasado nos mantiene despiertos frente al presente que pretende sojuzgarnos: nos obliga a enfrentarnos con él para tratar de cambiarlo, porque no nos gusta, porque su furia traiciona las heridas que nos constituyen. El presente nos invade y nos hace vivir una vida vicaria: no somos nosotros, sino *otros*: la tramposa holografía de una ausencia. Venimos de un lugar que ya no existe, y estamos empozados en un agujero que, si parece el único espacio posible para vivir, es sólo porque en él se producen nuestros pesares actuales. Es preciso que recuperemos la esperanza que nos precedió, el vigor solidario de que somos herederos: pensar estos tiempos recios desde las raíces que nos han hecho crecer: atisbando en el futuro un lugar que no existe y hemos de construir: aunque no sepamos a dónde nos llevará el viaje.

La vida es una compleja amalgama de tensiones y fuerzas contradictorias: la necesidad de sosiego, en el presente atareado que nos agrede, es puesta en entredicho por los desequilibrios afectivos que proceden del pasado. Entre la memoria sepultada y un presente infecto: las heridas del pasado duelen más cuando se descubre que las hemos olvidado, que hemos traicionado su razón de ser. No podemos asumir el presente[43] desde la tranquilidad,

como si no existiera detrás el caudal de amargura y esperanza que nos ha traído hasta él. Sólo el desasosiego da razón de las ausencias que aún nos hacen tiritar de amor abandonado. Cuando lo sentimos, percibimos la presente perturbación que nos constituye entre la muerte silenciosa que se ha instalado en nuestros huesos y la vigilia pertinaz que nos obliga a reconocernos vivos entre los fantasmas que el olvido trata de ahuyentar. La miseria social que aún nos duele, el asombro triste que todavía permanece enquistado en una esquina derrotada de nuestro corazón. Hay una tensión dialógica que nos recorre y va desde los sobresaltos que el olvido trata de mantener en silencio hasta el desierto en que nuestro "yo" parece estar perdido: las viejas desazones de pronto se yerguen desde la sima de su sueño, y su desvelo nos pincha y despierta del estupor, y nos ilumina para volver a encontrar el camino en esta vastedad vacía de señales y de significado.

Los muertos no pueden ser olvidados, si es que se quiere seguir estando vivo. Porque los muertos no mueren sin obligar a los vivos a morir con ellos. Nuestro dolor no es una ficción lúdica, sino una oscura verdad que nos constituye: una verdad que debería transmutarse en necesario y vigoroso tejido estético. Escribimos porque no podemos hacer otra cosa: porque necesitamos recobrar la conciencia, el viejo conocimiento civil e íntimo que nos podría alimentar; porque nos sentimos obligados a comunicar a los nuestros la comprensión a que llegamos al final del poema. Muertos y vivos viajamos juntos: embarcados en el mismo navío a merced de los vientos del egoísmo y la sinrazón.

2. Desde las tendencias poéticas hoy dominantes se afirma que la poesía civil es una poesía *al servicio de lo político* (donde político quiere ser sinónimo de antipoético). En cuanto a mí, si es verdad que mis poemas suelen realizar cierto tipo de intervención civil crítica, lo cierto es que no están "al servicio de": ni al "servicio de la denuncia social", ni, desde luego, "al servicio de lo político". ¿Qué significa estar "al servicio de lo político"? Cuando escribo no estoy (no me pongo) "al servicio de". Escribo para hablar de mí y de mis relaciones con lo colectivo: para tratar de "aclararme" en mi fuero interno, para tratar de llegar a algún tipo de conocimiento sobre mi propia situación personal en el mundo en que vivo. Y como tengo una visión del mundo personal que resulta ser la[44] correspondiente a los intereses de cierta clase social, en el mismo movimiento produzco una poesía que llega a algún tipo de precaria certeza sobre la realidad social, es decir, sobre la realidad de los seres humanos que no son yo (pero que son como yo). El primer movimiento de la elaboración del poema es ese esfuerzo para conseguir acceder a cierta iluminación sobre el "yo" que enuncia (no siempre el "yo" que parece que está diciendo lo que dice, a veces narrativizado como un

personaje de ficción). Si no fuera ésa la primera "finalidad" (el poema al servicio de cierto saber que "debe" producirse en su texto mismo), entonces el segundo movimiento del poema, es decir, la comunicación de ese discernimiento hacia el universo de la recepción, nacería impotente. La elaboración del poema está, en mi visión de las cosas, al servicio de la producción de alguna brizna de intelección sobre mí mismo y sobre la realidad colectiva dentro de la cual vivo; no al servicio de "lo político". Sucede que me interesa especialmente el vastísimo campo de la existencia que puede ser conceptualizado con ese nombre, y que tiene que ver con los poderes que manejan a los seres humanos y los condicionan y los oprimen y los despojan de una parte de su humanidad.

¿Qué tipo de exigencia externa al poema puede obligarle a ser político antes que poético? Ninguna. ¿Qué tipo de exigencia externa (o interna) al poema puede obligarle a ser poético antes que político? Ninguna, tampoco. Ésa es una escisión que no tiene nada que ver con la escritura literaria (poética o no). Cuando el poeta escribe un poema produce, al mismo tiempo, la estructura formal y su contenido, y, en la medida en que sepa lo que está haciendo, ni concederá un privilegio ontológico dentro del poema a su significante ni se lo concederá a su significado, porque sólo si ambos se necesitan dialécticamente, sin posible sutura, el poema será un poema conseguido.

El conocimiento que el poema propicia puede ser de cualquier tipo que no sea ajeno a la intimidad personal y social de quien lo escribe, y la consciencia brotará del poema terminado sólo si el significante de éste ha sido elaborado en la búsqueda de aquél, es decir, de su significado. El conocimiento acerca de cómo se interrelaciona la existencia, real e imaginaria, del poeta con el mundo, social y cultural, en que vive, es esencial en la intelección acerca del poeta como ser humano y acerca de los seres humanos que no son el poeta. Trabajar para desenterrar este[45] tipo de saber, para desvelar la raíz de nuestras vidas que yace oculta en la ambigüedad de nuestra propia ocultación interesada y en los discursos mentirosos de la visión del mundo dominante: ¿es eso poner a la literatura "al servicio de lo político"? Tal vez sí. ¿Deja, por eso, de ser poesía el resultado final? No hay un momento en que lo poético deja de ser poético para pasar a ser político: estamos hablando de "discursos lingüísticos", de "géneros literarios". Un poema, si lo es, es poético; un poema político, si lo es, también. ¿Nos haríamos la misma suerte de disquisición si el poema hablara de la unión del alma con Dios o de los agobios metafísicos del bibliotecario de Catalina la Grande o de una tormenta en altamar?

Por eso, también, pienso que el poema no tiene por qué ser sustancialmente ambiguo, aunque pueda generar zonas de ambigüedad no controladas por quien lo ha escrito. ¿Qué es la

ambigüedad en un poema? Un poema, creo, debería encerrar una suerte de precisión cristalina que rajara el alma de quien lo leyera y la contaminara con su desesperación o con su gozo, y la obligara a seguir el camino reflexivo que, al cabo, pudiera llevarla a la flaca lucidez producida en su interior. No se trata de jugar a que nuestro poema no parezca demasiado lo que es (es decir, un poema que enuncia una reflexión que acaso interviene en el terreno de la lucha ideológica), o a que no sea nada que se pueda concretar (por si acaso, de concretarse, se nos llegara a recusar desde el poder *publicístico* de las tendencias dominantes). En el terreno literario, y desde el punto de vista que yo defiendo, el poema ha de manifestarse como un trenzado discursivo libre, que no necesita pedir permiso para existir y que debe presentarse, de modo abierto, como lo que es: un "texto" que expresa un contenido que quiere iluminar sin engaño.

Hay numerosos poemas que, provistos de diversas estrategias retóricas y métricas, me parecen (todos ellos) poemas hermosos. Los que más me interesan son aquéllos que expresan, al mismo tiempo, circunstancias personales y colectivas: lo personal es político y lo político, personal. ¿Me gustan porque son poemas o porque son políticos? Ni por lo uno ni por lo otro. He leído miles de poemas horribles que no dejaban por eso de ser poemas. He leído textos políticos luminosos que no me han proporcionado ninguna de las íntimas emociones solidarias que me han proporcionado ciertos poemas. No podría separar las sensaciones[46] que me producen esos textos del hecho manifiesto de que son poemas y de que tienen un contenido determinado, que me habla de los seres humanos y de sus sufrimientos, y que me conmueve: la misma estrategia, al servicio de un contenido metafísico, me habría dejado frío. El hecho de mi diversa reacción en ambos casos no tiene nada que ver con la estrategia discursiva, sino con la metafísica.

Por eso mis poemas tratan de mí, y del mundo en que vivo, pues tengo que atenerme, en mi propia vida, a sus intimaciones y determinaciones. Tratan de expresar mi consciencia en relación conmigo mismo y con lo colectivo que me interpela. Tratan de mis intentos de atribuir un sentido a mi vida en relación con las vidas de quienes me rodean y en relación con la formación social en que trato de sobrevivir sin demasiado dolor. Tratan de mi pasado, por tanto, porque aquel sentido, y yo mismo, han sufrido a lo largo de los años una transformación constante, producto de aquellos esfuerzos y de las determinaciones de aquella formación social. Intento hablar de mí mismo, incluso, y sobre todo, cuando hablo de lo que veo, porque yo, a estas alturas, sé perfectamente que soy el que mis experiencias de relación con los demás y con el mundo han hecho que sea, y no puedo saber (ni dar cuenta de) quién soy yo si no indago en lo que ha hecho de mí lo que soy.

Eso significa hacer que mis raíces familiares y sociales entren en el texto, que interactúen con lo que he ido encontrándome en el camino, intentando sacar de ello alguna afirmación que no dé todo por perdido, incluida mi propia identidad. Y eso significa, como una conclusión necesaria, que al mismo tiempo que indago sobre mí, indago sobre el tejido de relaciones sociales y políticas en que se ha conformado la identidad que trato de identificar como mía, que trato de liberar de la ganga de inautenticidad que le propina la ideología dominante. Así, hablo de ese tejido y hablo de esa ideología, porque sé que mi identidad no puede constituirse si no es en relación con los otros que me importan, tengan o no mis mismas raíces, hayan vivido o no historias semejantes a la mía. Sé que la empresa de salvarme a mí mismo pasa por la de salvarme con ellos, porque lo que sé de mi identidad (que no es mucho, pero es suficiente para no perderme por el camino) es que sin ellos, sin su bienestar y su gozo, sin su vida buena, no hay salvación posible; que mi vida buena depende de la suya.[47]

No escribo porque sepa algo que quiero comunicar, porque tenga el secreto de la vida y de la felicidad; escribo porque a partir de lo poco que sé de mí mismo y de los demás, me es urgente avanzar hacia adelante, acceder a un conocimiento que me permita entender dónde estoy; que relea, para no perderme, el pasado de donde vengo; que averigüe si existe o no futuro para mis pasos y los de los míos (los demás seres humanos que sufren parecida -o peor- opresión social). Por tanto, no escribo sino al servicio de esa búsqueda y para que, si consigo alcanzar en el poema ese saber íntimo y comunitario, alguien pueda aprovecharse de él. ¿Cómo podría escribir al dictado? ¿Cómo podría imitar el discurso de otros? ¿Cómo podría construir mis poemas sobre la única base de una literatura anterior? Escribo, y no puedo hacer otra cosa, a partir de mis experiencias personales, de una intimidad zarandeada por las intimaciones y determinaciones de lo social y de lo político. No escribo lo que quiero, simplemente porque cuando empiezo a escribir no sé lo que quiero escribir; sé que quiero alcanzar cierta lucidez sobre un territorio de mi experiencia que he decidido explorar, y, en ese sentido, no escribo sino lo que puedo: lo que mi capacidad poética indagatoria y lingüística, y mis intuiciones sociales y políticas, consiguen hacer en el poema: son mi intimidad, y el mundo histórico en que mi intimidad naufraga o bulle, los que yacen a un tiempo sobre la mesa de operaciones.

Trato, por tanto, de contar mi propia historia. Y ya se sabe que las historias que uno mismo cuenta de sus propios pasos, son relatos que tratan de releer el pasado a partir de los desajustes producidos en el presente. Me interesa el pasado como llave para abrir la puerta de la ignorancia que sufrimos en relación con nuestro presente. De repente despertamos: nos

vemos con más años: vemos que no somos tal vez lo que creíamos que éramos (para no hablar de lo que creíamos que íbamos a ser, terreno en verdad pantanoso); entonces, es forzoso mirar hacia atrás para no perder la perspectiva y los pasos que queremos dar hacia adelante.

Porque éste sí es un verdadero punto de partida para mí: yo quiero, como persona que vive en este mundo, trabajar para (tratar de) cambiarlo, para (tratar de) hacerlo más vivible, para (tratar de) liberarme de las opresiones de diverso tipo que me propina, y para (tratar de) que quienes viven a mi alrededor puedan sentirse cada vez mejor, cada vez más[48] verdaderamente libres y en paz. Y sucede que cuando escribo un poema, o una reseña crítica, no dejo de ser esa persona que vive en el mundo. Quiero eso porque no veo a los demás como seres susceptibles de servirme como instrumentos de mi crecimiento, como peanas sobre las cuales poder elevarme; porque los veo como personas cuyo dolor resuena dentro de mis huesos; porque no veo otra solución para dejar de sufrir que conseguir que quienes me rodean dejen de sufrir. No sé si éste es un buen punto de partida para un poeta: lo cierto es que es la única manera que yo tengo de ser un poeta sin dejar de ser una persona.

Así, tengo que releer el pasado, reinterpretar mi vida y la de mis hermanas y hermanos, porque creo que los seres humanos tienen que tener un futuro mejor, porque, si no, yo no tendré un futuro mejor. Mi poesía es el resultado de esa indagación. En ella trato de explicarme a mí mismo algo que no sé, que es posible que nadie sepa. Trato de explicarme quién soy yo, quién era yo, quién quiero ser yo. Así, trato de llegar a alguna precaria conclusión parcial, para trabajar, sobre quiénes somos y sobre cómo es el mundo en que vivimos y sobre cómo se nos mantiene aherrojados en la miseria social y moral, y sobre cómo podríamos desmontar los mecanismos discursivos de la dominación para, al menos, empezar a sentir que sabemos por dónde empezar a caminar para intentar remediar acaso nuestros sufrimientos.

Así, pues, se trata de reinterpretar el pasado indagando en los huecos de la memoria (personal y colectiva) que los discursos oficiados desde el poder han pervertido o han vaciado de su sustancia. No escribo (no escribimos), por tanto, a partir de una situación neutra: la indagación que me propongo trabaja a la contra. Porque los que tienen el poder nos engañan: la indagación poética tiene que tratar de encontrar el cabo oculto de la madeja. Porque los que tienen el poder pervierten nuestra memoria para que creamos que pasó, y está pasando, lo que a ellos les interesa que creamos: la indagación que el poema se propone tiene que acceder al secreto que las mentiras tratan de ocultar. Es difícil esa indagación, sobre todo porque nadie quiere escuchar sus palabras, porque el run-run del discurso que el poder nos inculca nos

tiene satisfechos y dormidos. Porque ni siquiera quien quiere indagar está libre de sus asechanzas, y no sabe si es su voz verdadera la que habla en sus poemas o son las palabras del poder las que dicen el mensaje venenoso del ventrílocuo que nos[49] domina. Debajo de las diversas capas de escombros ideológicos arrojados a nuestras conciencias por el poder, está el estrato en que los útiles del pasado pueden hacernos ver claro, está el verdadero estilo (ético y estético) de nuestra voz: es preciso realizar una labor arqueológica de desescombro que nos sustraiga al imperio de la bazofia moral con que el presente nos propina sus golpes. Encontrar realmente de dónde hemos venido, para poder aprender a dónde queremos ir. Saber qué estratos de nuestra vida hemos estado traicionando (tal vez) sin darnos cuenta y de qué polvos ruines proceden estos lodos en que chapoteamos.

Es éste el único sentido instrumental de la poesía que yo puedo compartir. Escribo sólo al servicio de mi propio conocimiento y su eventual comunicación; tampoco hablo en nombre de nadie, como no sea de mí mismo y de mis circunstancias históricas. Hablo, desde luego, desde una clase social explotada y oprimida a lo largo de la historia, y, sin duda, habiéndome *desgenerado*, hablo desde un género oprimido y explotado desde el tiempo de las cavernas. Hablo *desde* ellos, porque yo soy ellos y ellos son yo, pero no hablo *por* ellos.

Creo que éste es el nervio que distingue a los poetas que en estos años escriben poesía civil: no escriben en nombre de otros: escriben en nombre de sí mismos. La opresión moral que expresan es la que sienten en su propio espíritu; la explotación económica y el ninguneo social es el escaso pan con que todos los días se desayunan; el destructivo margen a que los protagonistas de sus poemas han sido arrojados es el margen destructor en que se encuentran. No son, en general, miembros desclasados de la clase burguesa, compañeros de viaje de los oprimidos y explotados; ellos mismos son parte de lo que sus poemas tratan de comprender y de expresar. En este sentido, su realismo (o lo que quiera que sea ese amargo zumo de rabia desde el que piensan y sienten la realidad en el discurso lingüístico que construyen en sus textos) no es el pacato realismo tópico que conocemos; no es tampoco la concesión coyuntural de los exquisitos: es, sólo, el único instrumento con que sienten que pueden pensar su dolor (y el de sus hermanos) sin traicionarlo. Por eso, porque no formamos en las filas de la clase (y el género) dominantes, no tenemos nada que hacer en el mercado de las publicaciones y de la difusión: el poder crítico-publicístico no nos acompaña.[50]

3. Por eso nuestros libros deben hablar una eficiente voluntad de comprensión del mundo y de los seres humanos. Nuestra historia y la historia de quienes nos rodean, y la historia de nuestros antepasados, nos han zarandeado de tal forma, que sus artimañas devastadoras deben volver una y otra vez a nuestros versos. El miedo y el odio y la memoria

de la sangre pueden obligarnos a alzar un discurso henchido de patetismo, cebado de amargura, insoportable en su acidez descarnada. Por eso, puesto que no podemos dejar de regresar sobre los desajustes irrisorios, agobiantes o miserables de la realidad, debemos tratar de conciliar la enunciación de lo que debe ser dicho con coraje (de lo que debe, también, ser negado con pasión) con una distanciación capaz de enfriar lo que de suyo es perfectamente tenebroso. Producir una apropiación desencantada pero firme de los desánimos y las esperanzas, de la ternura del amor humano y el cinismo destructor de los poderosos, de la desvergüenza del olvido voluntario y la candente decisión del ser humano que no puede librarse del dolor solícito del recuerdo. Vehículo que conmueve pero sabe dejar libre la reflexión, que ilumina con tenacidad el vuelo sombrío de los opresores pero matiza con lucidez la compleja estructura de la memoria oculta.

Obligados por una herida que no acaba de cicatrizar, por la conciencia triste de una derrota que no parece tener final, debemos señalar con nuestro verso el camino menos transitado: aquél en que se agolpan a millones los desposeídos, aquél en que aún no aparecen los desaparecidos aunque sus madres y sus abuelas no dejan de señalar a las cunetas, aquél de que los poetas han dado en olvidarse. Podríamos también glosar el rostro aceitoso del orden, trastabillar unos pasos bufonescos para solaz de los *selectos* lectores de poesía, hacer surgir del sueño ciego de los satisfechos un brillante despertar. Sin embargo, como el disimulo aún no nos ha enfermado, y nuestra voz no quiere secundar la retórica amaestrada de los poetas cortesanos, incluso cuando situemos en el centro del poema el amor, nuestra advertencia no deberá dejar lugar a dudas: ahora en que nos estamos amando, el poder prosigue su carnicería en el mercado.

Nuestros libros son diversos, pero su diversidad deja entrever en el centro del corazón una misma señal de fatiga y coraje, un mismo trazo anguloso que señala hacia la oscuridad anidada en los ojos del prójimo[51] indefenso, una misma consigna poética anclada en la urgente necesidad de la conciencia crítica. Surgen de una tensión intolerable entre los desvalidos y los dueños del poder, entre los humillados (y ofendidos) y sus verdugos, entre el abrazo intrépido de la ternura y la violencia travestida del odio. Desde la explicación asombrada de la naturaleza sometida a asedio hasta la ironía corrosiva que arranca el antifaz a la ciudad capitalista, nuestros poemas transcurren con un dolor que no deja de preguntarse por lo evidente (lo evidente es lo que se alcanza a ver con más dificultad) y una tristeza iluminada por el recuerdo de quienes le dieron el ser que ahora es y el latido con que consueña con los seres humanos que lo rodean.

Las palabras que usamos no han sido extraídas del reservorio léxico de los poetas a la

violeta: surgen, por el contrario, de la vida que nos zarandea, de la humanidad que nos alza, de la piedad que nos llama a compartir el desánimo o la esperanza. Pertenecen a la historia, vienen de la calle, se han producido en las casas donde arde nuestra existencia: son las palabras que dicen nuestra verdad, que recogen del suelo el aliento demolido de nuestro coraje, que nos salvan de morir envenenados por el gusano soez del abandono. Porque no podemos dejar que nuestras palabras nos mientan, nos olviden y nos pudran.

4. Felizmente, la poesía no se deja sujetar por los diques impuestos por la(s) ideología(s) dominante(s). La poesía, la práctica real del poema, fluye libérrima por todas partes y se encarna sin sonrojo, a trasmano de tendencias y dogmatismos, en poetas crecidos en los márgenes del escaparate social, no importa si ninguneados por el/la orden de los antólogos militantes. Hay poetas que no hacen literatura de la literatura, que no inventan ficciones poéticas sobre la cartografía neutra de los mapas o los tópicos manoseados de las escuelas. Poetas cuya cartografía exuda sangre, sudor y lágrimas; cuyos tópicos están pertinazmente encarnados en las ruinas del concreto mundo en que ellos mismos emergieron a la vida, en las raíces que los han sostenido, y los sostienen, y que les permiten sobrellevar su existencia sin claudicar. Poetas de la estirpe de los que trabajan con denuedo sobre sus propios dolores personales y sociales, sobre sus propios fantasmas y ataduras. Poetas que ahondan en[52] los cauces de sus naturalezas vivas y de sus agonías, de sus pertenencias familiares y sociales, de las íntimas experiencias de la desposesión y el exilio interior. Poetas que elaboran un discurso poético preciso y abarcador, incisivo y lúcido, capaz de producir, en su abrazo, la fusión del íntimo calor de los seres sencillos y el sobresalto de la oscura premonición de la muerte y la misericordia. Lo que debería definir nuestra poesía: la necesidad imperiosa de la libertad creativa y personal: nada exterior debería haber que constriñera la andadura temática y formal de nuestros libros, que deberían ser un alegato contra los "comisarios" de la poesía: la puesta en práctica de lo que se puede hacer cuando se camina hacia las raíces y se prescinde del diezmo poético debido a los dogmas de escuela.

El despojamiento poético o la complejidad que se construya en nuestros poemas debería ser correlato formal del propio despojamiento existencial o de la propia complejidad. El sujeto que se exprese en esos poemas debería renunciar a la palabrería hueca y a la brillantez de cartón piedra; al espacio social en que se cuecen los "negocios" de la poesía; al enderezamiento catatónico del discurso-modelo; a lo que está más allá de nosotros mismos y de nuestra esperanza. No deberíamos traicionar a los nuestros: nuestros antepasados deberían estar en nosotros; el aire limpio o acre que vio nuestro nacimiento debería estar en nosotros; las criaturas mínimas que han latido, y laten, en el espacio en que nuestra vida se ha forjado,

deberían estar en nosotros; nuestros seres queridos deberían estar en nosotros. Es decir, en nuestros poemas, que deberían luchar por salvar la memoria y el gozo de una existencia en peligro; por salvar las solas palabras que pueden dar fe de ella.

Los "comisarios" no siembran su esterilidad en vano: la vida que hemos sido se excluye porque interesa predicar la vida desposeída que nos mata; las palabras que nos han alimentado se arrumban, como inútiles, porque interesa someter a los seres humanos a un dialecto ciego y sin corazón, que sea incapaz de hacerse cargo de (y de luchar contra) la destrucción cultural y social a que estamos siendo sometidos. Deberíamos trabar nuestro enfrentamiento contra la colonización, y contra el despojamiento consiguiente, desde el margen desmoronado en el que aspiramos a salvarnos, único espacio libre desde el que podemos manifestar nuestro disentimiento, desde el que podemos avanzar las palabras de la resistencia. En el seno lenitivo de ese espacio, habríamos de[53] tratar de curar nuestras heridas con unos poemas que enunciarían, a un tiempo, nuestra esperanza y nuestro desasimiento, que combatirían contra la peor enfermedad posible: el mortal desfallecimiento ruin de la complicidad.

Nuestros poemas habrían de cruzar por la página con el aire callado o feroz del que padece la expropiación del territorio de sus mayores, de las palabras que antaño dieron sentido a su existencia, de un presente en que podría ser posible la vida buena, de un futuro por el que no hubiera que temblar. Perdido lo que se fue, ya nada se puede sentir como propio: se es un derrotado al que el poder vigila, mientras se regresa a recorrer las estancias saqueadas del presente; se es víctima del sacrificio para la gula de los poderosos del mundo. En este paisaje rodeado por las fuerzas de ocupación, qué hacer: abrazarnos a las viejas palabras, al amor de lo que importa, a la dignidad del ser humano. Resistir.[54]

Salustiano Martín